

7579

# LA NAVE SIN PILOTO

DRAMA EN TRES ACTOS ORIGINAL

DE

**D. JACINTO LABAILA.**



**VALENCIA:**

IMPRENTA DE JOSÉ RIUS.

1861.

4

LA NAVE SIB FILIOTO

1870

IN LONDRA

1870

1870





Digitized by the Internet Archive  
in 2013

**LA NAVE SIN PILOTO.**

LA WAVE SIN FILOTO

# LA NAVE SIN PILOTO,

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

**DON JACINTO LABAILA.**

*Representado por primera vez en el teatro Principal de Valencia  
el 12 de Enero de 1861, á beneficio de Doña Francisca Rodriguez,  
primera característica de la compañía.*



**VALENCIA:**

IMPRESA DE JOSÉ RIUS, PLAZA DE SAN JORGE.

**1861.**

LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF TORONTO

1887

1887

LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF TORONTO

---

*Esta obra es propiedad de su autor.*

---

1887

LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF TORONTO

1887



## PRÓLOGO.



El día 24 de Enero de 1806 se estrenó en el teatro de la Cruz de Madrid, la célebre comedia *El sí de las niñas*, del inolvidable Moratin. La censura de la educacion viciosísima de la época, fue lo que su autor se propuso en la susodicha obra. En lo que consistia *criar bien á las niñas*, como se decia entonces, nos lo dirá el reformador de nuestro teatro por boca de D. Diego: «Con tal que no digan lo que sienten, con tal que finjan aborrecer lo que mas desean, con tal que se presten á pronunciar cuando se lo manden, un sí perjuro, sacrílego, origen de tantos escándalos, ya están bien criadas; y se llama escelente educacion la que inspira en ellas el temor, la astucia y el silencio de un esclavo.» El objeto que eligió Moratin era digno de su censura severa; la idea además de ser dramática, era oportuna; pero desde la educacion de entonces á la educacion de ahora, media un abismo. Las sociedades, lo mismo que los individuos, de un extremo dan en otro, justificando el adagio *los extremos se tocan*. De la educacion opresora... casi feudal, hemos pasado á la educacion libre... casi anárquica; los mas sanos principios llevados á la exageracion son perjudiciales; si el uso de ellos produce el bien, el abuso produce el mal; por abusar de la libertad se cae en la licencia, por abusar de la religion, en el fanatismo. Queriendo corregir la educacion de ayer que hacia contraer matrimonios de real órden y llenaba los conventos de religiosas sin vocacion, hemos tratado en la educacion de hoy, que los hijos como séres racionales tuviesen libres la voluntad y el sentimiento, pero hemos corregido demasiado, y el remedio ha sido peor que la enfermedad. Ayer abusábamos de la educacion despótica, hoy abusamos de la educacion libre; al recogimiento casi monástico de entonces hemos sustituido la libertad casi anárquica de ahora; á la es-

clavitud filial, el paternal abandono: desprendiéndose los padres de parte de sus obligaciones, han abdicado en los hijos parte de sus derechos: ayer los hijos se perdian por la dependencia estremada, hoy se estravian por la independencia excesiva: las semillas que plantamos unos y otros son diferentes, pero el fruto que recogemos tiene el mismo sabor amargo. Censurar la educacion de hoy es lo que me he propuesto en LA NAVE SIN PILOTO; me ha seducido lo social y lo oportuno de la idea, y si no he podido escribirla con el ingenio, me consuela haberla escrito con la moral. No he presentado una accion complicada, porque creo firmemente que la belleza no consiste en la complicacion sino en la sencillez, y en corroboracion de mi dictámen podria presentar muchos y muy notables egemplos. A amontonar incidentes inverosímiles, que son los escollos de las acciones complicadas, prefiero presentar una accion sencilla pero verdadera, y veria completamente satisfechos mis deseos, si en ésta se encontrase el mérito de la verdad, pues estoy de acuerdo con el Horacio francés.

*Rien n'est beau que le vrai.*

# Á D. LUIS MARIANO DE LARRA

*su apasionado y agradecido amigo*

**el Autor.**

PERSONAS.

ACTORES.

<i>Teresa.</i> . . . . .	Doña Matilde Bagá.
<i>Pietro Salviati.</i> . . . . .	D. Fernando Ossorio.
<i>Adrian Gutierrez.</i> . . . . .	Juan García.
<i>Victor.</i> . . . . .	J. M. Olona.
<i>D. Cárlos Gomez del Rio.</i>	J. Corte.
<i>El Conde del Salto.</i> . . . .	J. Izaguirre.
<i>Blas.</i> . . . . .	J. García.

La accion se supone en Madrid, año 185...

---

Faltaria á un deber de mi conciencia si no confesase públicamente que los aplausos unánimes y continuados con los que el público ha saludado la aparicion de mi drama en el teatro, se deben en gran parte al interés y á los esfuerzos que los actores todos han puesto en el desempeño de sus respectivos papeles. Mi amigo el eminente actor D. Fernando Ossorio ha hecho en el *Salviati* cuanto yo he soñado, cuanto yo creo que se puede hacer; ha dado forma, si esta frase se me permite, á la atmósfera de moralidad y de idealismo que rodea al héroe de mi drama. La señorita Doña Matilde Bagá me ha demostrado en el papel de Teresa la ternura de que es capaz su corazon y la inteligencia de que es capaz su cabeza.—Por no citar á todos los actores que han desempeñado mi drama, porque de todos estoy satisfecho, suprimo sus nombres, pero reciban todos ellos este público testimonio de mi gratitud.

## ACTO PRIMERO.

---

Salon amueblado con elegancia al gusto de la época en casa de D. Carlos.—Espejos, piano, reloj, chimenea, butacas, campanilla con cordon, etc. etc.—Puertas laterales y al foro.—Al levantarse el telon Teresa concluye de tocar bruscamente el piano. Blas sale á su tiempo.

### ESCENA PRIMERA.

TERESA, *despues* BLAS.

TERESA. Son las diez de la mañana... (Mirando al reló. )  
Rita no trae el vestido...  
Si hoy no queda concluido  
perderá la parroquiana.  
Conmigo ha de ser mas lista.  
(Llamándole.)  
¡Blas!—Son las diez y no obstante...  
¡Blas! (Volviendo á llamar.)  
BLAS. (Sale Blas.) Señorita...  
TERESA. Al instante  
á casa de la modista.  
¿Sabes dónde es?  
BLAS. Si, señora.  
en la esquina... á la derecha...

es una moza mal hecha  
pero traviesa, habladora.  
una...

TERESA. Basta.—Le dirás  
que espero que mi vestido  
quede para hoy concluido:  
si acaso está lo traerás.

BLAS. Está muy bien. (Hace que se va.)

TERESA. Oye; espera.

¿Está en su cuarto mi hermano? (Vuelve Blas.)

BLAS. No, señora.

TERESA. ¿Tan temprano  
salió de casa?

BLAS. Está fuera,  
pero... pero no ha marchado.  
No está, y esto ha sucedido,  
no porque hoy haya salido,  
sino porque ayer no ha entrado.

TERESA. ¡Siempre el mismo!

BLAS. Está en la edad,  
señorita.

TERESA. Siempre pasa  
las noches fuera de casa,  
vive en la intranquilidad...  
su vida es poco apacible,  
esto cualquiera lo ve...  
si pudiera!... pero qué!!!...  
mi hermano es incorregible.

BLAS. La vejez le hará enmendarse.  
Ahora es jóven, señorita;  
y el que es jóven necesita  
divertirse.

TERESA. Y malgastarse!...  
no es esto?... Van en aumento  
las locuras de mi hermano,  
reconvenirle es en vano,  
y, Blas, lo siento... lo siento.  
Él con tanta libertad,  
con medios de ser feliz  
logrará hacerse infeliz  
por su propia voluntad.

De sus dias en la flor  
es viejo, no tiene fe  
ni esperanza... nada cree...  
se rie hasta del amor...  
y va corriendo sin calma  
tras un fantasma engañoso,  
su cabeza sin reposo,  
y sin reposo su alma.

BLAS. ¡Qué vida tan diferente  
lleva el señor!

TERESA. Mi papá?...

Ah!... Sí!...

BLAS. D. Carlos está

ocupado eternamente.  
Siempre alegre y sin querellas  
él trabaja horas continas,  
se acuesta con las gallinas  
y se levanta con ellas.

TERESA. Y así cuenta muchos años  
y muchas arrugas cuenta;  
pero en su rostro no ostenta  
ni vicios ni desengaños;  
en su noble ancianidad  
es simpático y es bello;  
que sus canas son el sello,  
no del vicio, de la edad.  
Su trabajo y su honradez  
su comercio han acrecido,  
y es respetado y querido  
en su tranquila vejez.

Por sus afanes prolijos,  
por su trabajo perene  
hoy opulencia ya tiene  
buscada para sus hijos.

Sin contemplacion ninguna,  
pues él en ello consiente,  
mi hermano y yo locamente  
derrochamos su fortuna.

Oro y libertad nos dá  
nos cree felices así...  
*divertios; dice... y...*

no nos divertimos ya!

(Teresa inclina la cabeza quedando abstraída y melancólica.)

BLAS. (¡Valgame Dios! ¡se contrista!)

(Pausa.)

Señorita...

TERESA. Corre, Blas; (De repente y con tono brusco.)

á ver si ligero vas  
á casa de la modista,  
y me avisas al instante  
que Víctor vuelva.

BLAS. En seguida.—

Pronto estará usted servida;  
no vive de aquí distante...  
vuelvo pronto.

TERESA. Blas, deseo  
que la apremies.

BLAS. Bien está.—

(Vase Blas por la puerta del foro. Sale D. Carlos por la izquierda.)

Ya estoy de vuelta.

TERESA. (Viéndole venir.) ¡Papá!—

¡Gracias á Dios que te veo! (Saliendo á su encuentro.)

## ESCENA II.

TERESA.—D. CARLOS.

D. CARL. Muy buenos dias , Teresa.

TERESA. Si no es por casualidad  
no te se vé y en verdad  
te aseguro que me pesa:  
permíteme que te riña.

D. CARL. ¡Estoy tan atareado!

TERESA. Pues déjalo abandonado  
todo.

D. CARL. ¡Eh, no seas niña!

TERESA. A tu edad y posicion



tal trabajo no conviene;  
que trabaje el que no tiene  
ó el rico con ambicion.  
Tú, que fortuna has logrado  
y puedes ya descansar,  
debes la vejez pasar  
libre de tanto cuidado.

D. CARL. El ócio me mataria,  
¿Quién la costumbre contrajo  
de dedicarse al trabajo  
en el ócio viviría?  
Imposible... y además  
que te confiese es forzoso  
que soy tambien... ambicioso,  
y aun avariento quizás.  
Porque os quiero con exceso  
por eso ambicioso soy;  
yo desvelándome estoy  
por el amor que os profeso,  
para que podáis vivir  
contentos y felizmente,  
ricos ya desde el presente,  
ricos en el porvenir.

TERESA. ¡Que lo eres diciendo estás!  
del comercio te retiras...

D. CARL. Si eres ya rico á qué aspiras?  
A qué aspiro? A serlo mas.  
En este siglo de acero  
los hombres son codiciosos,  
imposible es ser dichosos  
sin tener mucho dinero.  
Todos de él vuelan en pos,  
hoy por él todo zozobra...  
hoy... hasta milagros obra...  
hoy lo es todo... casi un Dios.  
Con fortuna extraordinaria  
rey es un hombre ordinario;  
Víctor será millonario  
y tú serás millonaria,  
y mis trabajos penosos  
bendecireis, muy contentos,

porque os harán opulentos,  
y por lo tanto... dichosos  
¿No es esto lo que yo quiero? (Con cariño.)

TERESA. Papá mio, ya lo sé... (Id.)

D. CARL. Venturosos os veré  
Y ricos... así lo espero.  
Si salgo bien de la empresa  
que empecé con no contrarios  
vientos, sereis millonarios,  
y descansaré, Teresa.  
La empresa á que me refiero  
ha de realizar en Francia  
un amigo de la infancia  
que viene del extranjero.  
Salviati.

TERESA. No se quien es.

No le conozco y me estraña...

D. CARL. Es que no ha estado en España  
desde el año treinta y tres.

TERESA. Entonces...

D. CARL. Ya le verás;

Hoy acaso le has de ver.

TERESA. Hoy llega?

D. CARL. Pudiera ser:

presuncion mia es no mas.

A esta especulacion  
y á otras me arrastró él:  
siempre ha sido amigo fiel  
y entero de corazon.—  
Y Víctor?

TERESA. Salió.

D. CARL. Hace bien,  
que use de la libertad  
que con prodigalidad  
le doy, como á ti tambien.—  
Yo á mi modo os he educado,  
porque en caso opuesto vime:  
de la educacion que oprime  
estoy muy escarmentado.  
Mi madrastra me educó  
en muy rígida estrechez

y el mundo en su candidez,  
á mis ojos ocultó.  
A su muerte, yo al entrar  
del mundo en la gran Babel  
nada conocia de él,  
y erré... tenia que errar!  
y hombre ya, no adolescente,  
el que quiso me engañó;  
pues con muchos años, yo  
era un niño... un inocente.  
Me ha servido de leccion  
haberme esclavo criado,  
y en vosotros he evitado  
la opresora educacion.  
Yo el mundo no conocí,  
vosotros le conoceis;  
desgraciados no sereis  
como desgraciado fui.

TERESA.  
D. CARL.

Papá... (Acariciándole.)  
Hijos mios, gozad...  
vivid como bien os cuadre,  
ya sabeis que soy un padre  
que os doy ámplia libertad.  
Jamás he sido tirano,  
di á la edad lo que se debe;  
como á mí, no hay quien os lleve  
siempre asidos de la mano.  
Teneis caprichos... lo sé...  
pues cumplidlos sin cesar;  
como yo os vea gozar  
mirándolo gozaré,  
seré feliz cual los dos.—  
Adios.—

TERESA.  
D. CARL.

Te vas?  
Cierto asunto  
me llama... mas vuelvo al punto  
que espero á Salvati.

TERESA.

Adios!

### ESCENA III.

TERESA, *despues* BLAS.

TERESA. Pobre papá!... él ha creído  
que la opulencia es la dicha...  
Funesto error!... la ventura  
solo en el cariño estriva...  
no en en mi cariño, porque éste  
llueve sobre el alma mia  
eterna desconfianza,  
sobresaltos, penas íntimas...  
mas penas que dan placer,  
yugo que arrastar se ansia:  
con amores como el mio  
acaso el cielo castiga  
á la que ama á quien no debe  
y ciega su amor dedica.  
Yo no debia querer...

(Sale Blas de prisa é interrumpe á Teresa.)

BLAS. Señorita... señorita...

TERESA. Quién me interrumpe!—Eres tú?...—  
¿Qué te ha dicho la modista? (Variando de tono.)

BLAS. Me ha dicho cuatro palabras:  
que no se dá mucha prisa  
en concluir el vestido  
porque usted nó anda muy lista  
en saldar cuentas con ella;  
y que si usted no liquida  
la cantidad que la adeuda...

TERESA. ¡Amenazas por tan mínima  
cantidad!... pero es muy justo...  
Bien; la pagaré en seguida.—  
Y mi hermano?

BLAS. Aun no ha venido...  
Quien está esperando arriba  
es la peinadora

TERESA. Bien;  
voy que puede tener prisa.—

D. Adrian ha venido?  
BLAS. Hasta ahora no; señorita.  
TERESA. Cuando venga que aquí espere.  
BLAS. Muy bien. (Vase Teresa.)

### ESCENA IV.

BLAS. — ADRIAN.

BLAS. ¡Jesus qué familia!  
¡vaya un desórden de casa!  
¡vaya un desórden de vida! (Sale Adrian.)  
Blas!...  
ADRIAN. Señorito... (Otro apunte.)  
BLAS. Donde está la señorita?  
ADRIAN. Espérela usted; ya viene.  
BLAS. ¡Qué no se dé mucha prisa!  
(Adrian se sienta en una butaca junto á la chimenea.)  
Puedes irte á tus quehaceres...  
Me basta la compañía  
(Adrian se sienta dando la espalda á la puerta del foro.)  
de esta hermosa chimenea  
que es una escelente amiga.

### ESCENA V.

ADRIAN.

Pensar ahora mismo quiero,  
si puedo, con seriedad:  
quiero tener gravedad...  
ya que no tenga dinero.  
Para colmo de dolores  
me trata muy mal la banca...  
me encuentro sin una blanca...  
no encuentro mas que acreedores.  
He disipado mis rentas  
y muy poco me han lucido...  
he quedado reducido

á cero... vamos á cuentas.—  
Victor no puede prestarme...  
¡Harto presta á sus pasiones!...  
por estas y otras razones  
me caso, debo casarme.  
Teresa está enamorada  
de mí... es cierto... evidente...  
es rica... de consiguiente  
casarme es mi *gran jugada*.  
Vé mi talento profundo  
que es, ser con ella casado,  
un *elijan* acertado  
en *la banca* de este mundo:  
Yo soy un alma de chopo  
ó ella se casa conmigo...  
¡el matrimonio bendigo  
que el matrimonio es mi *copo!*

## ESCENA VI.

VICTOR.—ADRIAN.

(Victor sale por la puerta del foro izquierda: lleva el cabello y el traje en completo desórden, toserá con frecuencia en esta como en las escenas sucesivas segun lo tenga por conveniente el actor encargado de este difícil papel. Se aproxima á Adrian, que no le ve hasta que lo indique el diálogo.)

VICTOR. ¡Hola! tu aquí tarambana! (A Adrian que se  
dime, dí: ¿qué me ha pasado? vuelve.)

¿cómo es que yo he despertado  
en tu cama esta mañana?

ADRIAN. ¡Victor! ¡ja! ja!... (Riendo.)

VICTOR. Te confieso

que mucho me sorprendí...

¿cómo diablos yo allí  
me acosté? ¿cómo fue eso?

ADRIAN. No lo recuerdas?

VICTOR. No; á fe.

ADRIAN. Anoche tanto bebiste  
que los sentidos perdiste.

- VICTOR. ¿Sin sentido me quedé?  
ADRIAN. Sí; no quise que volvieras  
á tu casa en tal estado  
y en la mia te he acostado  
para que el licor durmieras.
- VICTOR. Sí; ¡eh?... bien hecho .. bien hecho!  
Adrian, estoy muy rendido. (Se sienta y al sentarse se queja.)  
¡Ay! ¡ay!
- ADRIAN. Qué te ha sucedido?  
(Al llevarse la mano al pecho nota vacío el bolsillo del chaleco y pregunta.)
- VICTOR. Nada... que me duele el pecho.  
Y mi reló?
- ADRIAN. Y tu cabeza?  
anoche...
- VICTOR. Si... le perdí...  
no recordaba.
- ADRIAN. Yo sí;  
el estúpido de Bleza  
te lo ganó.
- VICTOR. ¡Es insolente  
la suerte suya!
- ADRIAN. Es verdad.
- VICTOR. Le adeudo una cantidad  
crecida...
- ADRIAN. Efectivamente.  
Y es muy capáz de venir  
cada instante á importunar...
- VICTOR. Seguro... querrá cobrar  
y no dejarme vivir.  
Yo lo impediré al momento.  
(Tira con fuerza del cordon de la campanilla que estará sobre la chimenea: al hacer este esfuerzo se resiente.—  
Vuelve á sentarse.)
- ADRIAN. Qué estas haciendo?
- VICTOR. He llamado.—  
¡Ay!—Estoy descoyuntado...  
En cuanto hago un movimiento... (Sale Blas.)
- BLAS. Señorito...
- VICTOR. Oyeme, Blas,  
si Bleza viniera hoy

ó mañana , que no estoy,  
que he salido le dirás.  
Para él nunca estoy en casa.

BLAS. Está bien. (Vase Blas.)

ADRIAN. Bien ¡vive Dios!....  
Gran discípulo!...

VICTOR. ¡Esta tós!...

La cabeza se me abrasa!...

ADRIAN. Son los efectos del vino.

VICTOR. O del amor!...

ADRIAN. ¡Del amor?

A la banca ó al licor?

VICTOR. A la muger.

ADRIAN. No adivino...

VICTOR. Rechazando á mas de cuatro  
he sido yo el preferido,  
y la virtud he vencido  
de una Vénus... de teatro.  
Tuve una próspera suerte...  
suerte... está muy bien llamada;  
que ella era considerada  
casi... como muger-fuerte.  
Mas ahora que somos ágiles  
y oro y corrupcion gastamos  
mugeres-fuertes no hallamos...  
todas ya se han hecho frágiles.  
Salvando alguna escepcion,  
son todas las aceptables,  
Aquiles invulnerables...  
escepto por el talon.

ADRIAN. Tus argumentos son buenos  
y tienes razon quizás:  
pero di ¡valemos mas  
los hombres?

VICTOR. Los hombres?... menos.

Tiende los ojos propicios  
á toda la juventud;  
y la verás sin virtud...  
pero cargada de vicios.  
Nosotros somos espejos  
de la sociedad actual:



- reflejamos cada cual  
una juventud... de viejos.
- ADRIAN. Qué filosófico estás!  
¡El diablo predicador!...  
Mira: vete al tocador  
que una vision hecho vas.
- VICTOR. Lo necesito á fe mia... (Mirándose en un espejo.)  
y pues no hemos de enmendarnos  
nunca... vamos á arreglarnos...  
duerma la filosofía.  
Vienes?...
- ADRIAN. No; anda tú, anda.  
(Víctor llega hasta la puerta del foro y retrocede para  
decir lo siguiente á Adrian.)
- VICTOR. Cuando yo otra vez me apunte;  
porque no me descoyunte  
ténme una cama mas blanda. (Vase.)

## ESCENA VII.

ADRIAN, *al instante* TERESA.

- ADRIAN. Mas blanda... tiene razon,  
mas blanda debe de ser;  
en cama con un colchon  
no nos podemos tender  
con mucha satisfaccion. (Sale Teresa)
- TERESA. ¡Buena hora de venir!  
¡Buena hora de llegar!
- ADRIAN. Cansado estoy de esperar...  
Tú á Blas hiciste decir  
que aquí debia aguardar.
- TERESA. Hoy *obediente* has venido.
- ADRIAN. Siempre darte gusto quiero.
- TERESA. Siempre dices! Embustero!...  
¡Y anoche, di; dónde has ido?  
Respóndeme: sé sincero.
- ADRIAN. Anoche fui con tu hermano  
al café.
- TERESA. Justo!... al café! (Con ironía.)

- ADRIAN. ¿Piensas engañarme?  
¿Qué dices?
- TERESA. Lo piensas en vano.
- ADRIAN. Es la verdad, créeme.
- TERESA. Y despues?...
- ADRIAN. Por compromiso jugamos... pero muy poco; porque entre hombres es preciso á veces...
- TERESA. Eso tampoco es verdad, ni tiene viso de ella: di que os entregais noches enteras al juego y en el juego os malgastais; di que vivís sin sosiego; porque el vicio idolatrais.
- ADRIAN. A decirlo no me avengo, no quiero engañoso serte, ¿vicios?... yo vicios no tengo; si llamas vicio al quererte entonces sí; lo sostengo.
- TERESA. Sí!... yo te soy muy querida!... (Con ironía.)
- ADRIAN. Sí, sí; me debes creer; esta pasion es mi vida.
- TERESA. Tiene el juego mas poder que tu misma prometida!
- ADRIAN. No es eso cierto...
- TERESA. Sé yo que quererte no debí; que mi corazon erró y aunque ésta dice que sí (Señalando su frente.) éste me dice que no. (Señalando al corazon.) Tu fuiste quien me enseñaste á conocer la pasion, con el amor tu llegaste y todo mi corazon con su luz iluminaste. Yo quince abriles tenia, y yo vegetaba en calma, indiferente vivia,

hasta que abriste ese día  
el capullo de mi alma.  
A nueva vida nació,  
me cercaron cien amantes  
y sus ruegos desoí;  
hoy me cercan como antes,  
los oigo cual los oí.  
Cuando á mi lado los veo  
yo pienso en ti!... me enamoran  
y pienso en ti!... y yo leo  
en ellos, que ellos ignoran  
que solo tu amor deseo!

ADRIAN. ¿Mas juzgas, Teresa, acaso  
que te amo débilmente?

TERESA. Tu amor es sol en ocaso.

ADRIAN. Mi amor es sol en oriente  
en cuya lumbre me abraso.  
Dudar de mi amor... ¿por qué,  
por qué, Teresa, te plugo?

TERESA. Porque tú no tienes fe  
en nada... y tu alma se ve  
que es una planta sin jugo.  
Porque iracundas pasiones  
en flor, tal vez, la han secado:  
ellas acaso han dejado  
tu corazón en girones  
para siempre destrozado.

ADRIAN. No, Teresa, te equivocas.  
Si yo he vivido sin calma  
con placer veces no pocas,  
jamás arriesgué mi alma  
contra esas pasiones locas.  
Mi fastidio y mi despecho,  
nada mas, á ellas cedí:  
yo guardaba para ti  
virgen el alma en el pecho;  
te ví, te amé, te la dí.  
Mata este afán que me inquieta,  
dá crédito á mi pasión.

TERESA. Con todo mi corazón. (Con arrebató.)

ADRIAN. (Maiquez es niño de teta)

conmigo en comparacion.)  
No tengo otro pensamiento...

TERESA.

¿Que quererme?

ADRIAN.

Que quererte:

y estoy ansiando el momento  
de unir tu suerte á mi suerte.  
(Y en esto sí que no miento.)

TERESA.

Y yo que no he conocido  
otro amor; que es el primero,  
el único que he sentido,  
y en este solo te quiero  
lo que en muchos tu has querido;  
¡yo no debo desear  
esa venturosa union,  
y nuestras vidas juntar  
y en dulce lazo estrechar  
corazon con corazon!

ADRIAN.

Sí, vida mia, lo creo...  
este es nuestro sueño de oro,  
mi deseo es tu deseo;  
en nuestra armonía veo  
que me quieres y te adoro.

## ESCENA VIII.

*Dichos*, VICTOR (peinado y arreglado.)

VICTOR.

¡Milagro que os hallo juntos!

TERESA.

Estraño que tú lo estrañes.

VICTOR.

Comprended bien mi ironía:

pero no creais que trate  
de interrumpiros.... seguid  
la conversacion de antes.

Incomodar no es mi intento;

mi intencion es acercarme

á la chimenea.... tengo

mucho frio. (Se dirige á la chimenea.)

ADRIAN.

No te apartes.

VICTOR.

¿No estais hablando en secreto?

TERESA.

En secreto á voces.

- VICTOR. Sabe  
que si tú no tienes, yo  
tengo un secreto.... importante. (Cómicamente.)  
Dilo, pues.
- TERESA. ¿Qué es ello?
- ADRIAN. Dilo.
- TERESA. Que hoy debe verificarse  
en casa el conde del Salto  
uno de los muchos bailes  
con que todos los inviernos  
sus bellos salones abre.
- VICTOR. Pues es un secreto.... público;  
ya todo el mundo lo sabe.
- TERESA. ¿Tú querrás ir? (A Teresa.)
- ADRIAN. Por supuesto....
- TERESA. ¿Cómo es posible que falte?
- ADRIAN. Entonces hasta la noche.  
Vendré por ti.
- TERESA. Que no tardes.
- ADRIAN. No; hasta luego.
- TERESA. Adios.
- VICTOR. Adios.
- ADRIAN. (Ya soy su marido casi.)

## ESCENA IX.

TERESA.—VICTOR.

- VICTOR. Escúchame dos palabras,  
Teresa, ¿podrás prestarme  
una cantidad que urge  
que tenga yo cuanto antes?  
Estoy tronado!... tronado!...  
de mis fondos mensuales  
ya no me queda ni un céntimo  
y debo un pico... algo grande.
- TERESA. ¡Ay, Victor, si yo me encuentro  
en un caso semejante!  
No tengo un maravedí  
y además le debo un traje

- á la modista , y acaso  
dos le deberé esta tarde:  
yo te buscaba tambien  
para que tú me prestases!...
- VICTOR. Sí!... pues estamos lucidos!...  
Los dos tronados ; diantre !...  
Pediremos á papá  
y si quiere humanizarse,  
que sí que querrá, saldremos  
de este estado vergonzante.
- TERESA. Y si nos pregunta en qué  
gastamos nuestros caudales,  
le diremos...
- VICTOR. Le diremos  
que tú en vestidos , yo en bailes...  
en cualquiera cosa!
- TERESA. ¡Victor,
- VICTOR. Víctor, si tú no jugases!
- TERESA. ¡Teresa, si no vistieras  
con ese fausto tan grande!
- VICTOR. Yo he de vestir como visten  
las jóvenes de mi clase.
- TERESA. Yo he de tener las pasiones  
de los hombres actuales.
- TERESA. Por mi alcurnia gasto lujo.
- VICTOR. Por ella debilidades  
yo tengo.
- TERESA. Di mejor, vicios.
- VICTOR. Me importa poco la frase.  
Nuestro papá es opulento...  
no veo por qué privarse  
de nada.
- TERESA. No; no te prives;  
que quizás mucho no tardes  
en llorar tus extravíos  
y con lágrimas de sangre!
- VICTOR. Teresa, ya no soy niño;  
reprensiones no me placen.  
Con oro , con libertad  
y con juventud , no hace  
una vida de cartujo

quien no nació para fraile:  
ni quiero que me reprendas,  
ni que me reprenda nadie.  
¿Alguna vez yo te he dicho,  
por mas que me desagrade,  
que ahogues tu amor sin limites,  
si en él no quieres ahogarte,  
ó que su cauce varíes,  
ó que condenes su cauce?  
¿Te reprendí alguna vez  
porque tu amor dedicases  
á quien del amor se burla  
y no entiende sus afanes?  
¡Hablas de Adrian!

TERESA.

VICTOR.

TERESA.

VICTOR.

De él hablo.

¡Que así de tu amigo hables!

Es mi amigo de aventuras  
y le conozco bastante.

Yo quisiera para ti  
un hombre que te adorase  
con idólatra cariño,  
que tu corazon de ángel  
comprendiera, de los vicios  
que jamás bebiera el cáliz,  
que otra pasión no tuviera  
que quererte, que adorarte.

TERESA.

VICTOR.

Así me quiere tu amigo.

¡Pobre Teresa! ¡cuán fáciles  
sois las mugeres en dar  
crédito á amorosas frases!

La hipocresía del hombre  
nunca apreciareis bastante;  
el amor propio del sexo  
siempre os la hará impenetrable.

TERESA.

Bien, Victor; ya no soy niña;  
repreñiones no me placen;  
con entera libertad  
y con juventud, no hace  
una vida indiferente  
la que es sensible y amante:  
ni quiero que me reprendas,

ni que me reprenda nadie.  
Adrian es mi sueño de oro,  
y yo quiero realizarle.

(Pausa.)

VICTOR. Mirar en baja los fondos  
teniendo necesidades  
pone de un humor muy negro,  
agría nuestros caracteres;  
por encontrarnos sin blanca,  
Teresa, reñimos casi.

TERESA. Sí... pero siempre te quiero,  
aunque á veces te regañe.

VICTOR. Y yo tambien... nuestras riñas  
todas del cariño nacen.

(Abrazanse Victor y Teresa; D. Carlos, que sale, los  
encuentra abrazados.)

## ESCENA X.

*Dichos.*—D. CARLOS.

D. CARL. Hallaros así á los dos  
en extremo me complace.

VICTOR. ¿De veras?...

TERESA. Si; papá mio?

D. CARL. Sí, hijos, me es agradable  
encontraros tan contentos,  
tan cariñosos y amantes.

VICTOR. Contentos no... cariñosos.

D. CARL. Qué ¿no os divertís bastante?

VICTOR. ¿Crees, papá, que es posible  
que pueda mucho gozarse  
con los bolsillos vacíos,  
llenos si acaso... de aire?

D. CARL. No, no; pero no comprendo...

TERESA. Comprenderás al instante.

Es... es que... Victor y yo  
tenemos en ellos aire  
y... nada mas.

D. CARL. ¿Y el dinero?



- VICTOR. *C'est finit, mon père...*
- D. CARL. *¡Diantre!*  
El patrimonio de Roschild  
de consumir sois capaces:  
la juventud de la época  
tiene muy anchas las fauces.—  
*¿En qué lo habeis invertido?*
- TERESA. Yo, papá, lo gasté en trages.
- D. CARL. *¿Y tú, Victor?*
- VICTOR. Yo, papá...  
en cafés, teatros, bailes....
- D. CARL. *¡Pero, hijos, noventa duros  
en diez días!... no me sabe  
mal que gasteis.... pero tanto!*
- VICTOR. *(Y mas.... mi reloj de escape  
de áncora....)*
- TERESA. Debo un vestido  
tambien....
- VICTOR. Y yo debo un traje  
completo.... *(¡maldita deuda!)*
- D. CARL. *¡Qué decis! que gasteis, pase; (Formalizáudosc.)  
pero que debais no sufro,  
es una cosa humillante.  
Hoy pagareis.*
- VICTOR. Y.... el dinero?
- D. CARL. Ahora os daré lo que os falte:  
y que otra vez no os suceda. *(Con gravedad.)*
- TERESA. Me enmendaré en adelante.
- VICTOR. Y yo.
- TERESA. *¿Y....tú nos perdonas?*  
*(Acariciando á D. Carlos.)*
- VICTOR. Sí, papá.... *(id.)*
- D. CARL. Buenos truanes  
sois.... vamos, venid conmigo;  
luego á pagar al instante.
- VICTOR. *(Si me alcanza....)*
- TERESA. *(Aunque quisiera....  
difículto que me alcance.)*

ESCENA XI.

SALVIATI. — BLAS.

(Salen por la puerta del foro.)

- BLAS. ¿A quién busca usted?  
SALVIATI. Ahora  
á ti.
- BLAS. ¿A mí?  
SALVIATI. No barruntas  
por qué? lo sé—unas preguntas  
quiero hacerte sin demora.  
Quiero detalles saber,  
que no es posible que ignores,  
acerca de tus señores,  
y me vas á responder.
- BLAS. ¡Eh! poco á poco, señor;  
yo soy un criado fiel  
y no he hecho nunca el papel  
de criado delator.
- SALVIATI. Esto que ahora estás mirando,  
(Saca un bolsillo y se lo enseña.)  
si hablas es para ti;  
si callas, me haces á mí  
desventurado, callando.
- BLAS. (Dinero!) Lo tomaré;  
no cometeré el desliz  
de hacer á usted infeliz.
- SALVIATI. Pero hablarás?  
BLAS. Hablaré.
- SALVIATI. Es tuyo, pues: (Se lo dá.)  
BLAS. (Cómo pesa!)  
(Lo toma y se lo esconde.)
- SALVIATI. ¿Estás mucho tiempo aquí  
sirviendo á D. Carlos?
- BLAS. Sí....  
doce años.
- SALVIATI. ¿Doce años?  
BLAS. Esa

- fecha hará.
- SALVIATI. ¿Conocerías  
entonces á Doña Estrella?
- BLAS. Sí, señor, mucho.... y de ella  
me acuerdo todos los días.  
Era un ángel la señora  
de D. Cárlos!
- SALVIATI. Ya murió!... (Con sentimiento.)  
Sabes de qué?
- BLAS. Que sé yo....  
¡Si todo el mundo lo ignora!  
Le entró una melancolía  
muy profunda y muy constante,  
empeoraba cada instante  
y lentamente moria.
- SALVIATI. ¿Cuándo de Italia volvió?
- BLAS. Cuando ya de vuelta estaba:  
y la pobre deliraba  
y el delirio la mató.
- SALVIATI. ¿Recuerdas tú qué decia  
en su delirio?
- BLAS. Muy poco;  
no la entendia tampoco....
- SALVIATI. Muy bajo deliraria?
- BLAS. No, no; alto.... pero era  
porque en otro idioma hablaba;  
Doña Estrella deliraba  
en una lengua estrangera.
- SALVIATI. ¡Bien esa lengua penetra! (Ensimismado.)
- BLAS. Creo que hablaba en inglés...  
lo que yo recuerdo es  
que decia ¡Pietro ¡Pietro!
- SALVIATI. (¡Infeliz víctima!)  
(Le cae una lágrima y se la enjuga.)
- BLAS. (¡Llora!) (Al verlo.)
- SALVIATI. (A mi edad!... tengamos calma.)  
(Recobrando su valor.)  
¿Sentiriais en el alma  
la muerte de la señora?
- BLAS. Ya usted ve; estaba en el orden  
que lloráramos sin tasa...

desde entonces esta casa  
está en completo désorden.  
SALVIATI. ¡Está en désorden! — ¡De modo (Asombrado.)  
que sus hijos estarán  
abandonados, serán  
quizás!... cuéntamelo todo!  
Di... ¡No hablas!

BLAS. Sí; señor. —

D. Carlos siempre ocupado  
á sus hijos ha dejado  
en la libertad mayor.  
Jóvenes impetuosos  
y de pasiones ardientes,  
entrambos corren dementes  
por senderos peligrosos;  
y aunque su instinto es muy bueno  
y recto su corazon,  
corren á su perdicion,  
que van corriendo sin freno,  
sin freno los dos.

SALVIATI. ¡Qué dices!

¡Sin direccion han crecido!  
¡van por camino torcido!  
¡se pierden! ¡son infelices!

BLAS.

D. Victor con compañías  
detestables siempre va,  
siempre en la crápula está;  
las noches pasa en orgías.  
Es eterno jugador;  
tambien con exceso bebe...  
hoy tiene trampas... hoy debe...  
del señor Bleza es deudor!

SALVIATI. Y Teresa?

BLAS.

Es desgraciada.  
Sensible y sin esperiencia  
se quedó en la adolescencia  
sola, á sí misma entregada:  
y los impulsos siguiendo  
de su ardiente corazon  
concebido ha una pasion  
que va sin cesar creciendo.

SALVIATI. (¡Cual su madre!)

BLAS. Ha dedicado  
su afecto tan cariñoso  
á un hombre bajo, vicioso;  
á un hombre que no es honrado.  
Que la quiere, á fe de Blas,  
por su pingüe patrimonio,  
que si busca el matrimonio  
es por la dote no mas.  
D. Adrian, el amigo  
de D. Victor...

SALVIATI. Basta ya, (Con dolor.)

que tanto infortunio va  
quizás acabar conmigo.  
¡Aunque el pecho me taladre,  
yo quiero veros salvados...  
sí; sí...! ¡hijos desgraciados (Arranque.)  
de una desgraciada madre!

BLAS. (¡Estará loco este hombre?  
Qué estremos!)

SALVIATI. Oyeme, Blas;  
en seguida me dirás  
de ese falso amigo el nombre.

BLAS. Adrian Gutierrez Gostén.  
(Saca Salviati una cartera y lo apunta.)

SALVIATI. Lo voy á apuntar.

BLAS. (Escribe!)

SALVIATI. Dónde vive Eleza?

BLAS. Vive...

Barco, sesenta.

SALVIATI. Bien, bien. (Apuntándolo.)

Al señor has de ocultar  
que conmigo hablaste hoy,  
y que á sus hijos yo voy,  
si me es posible, á salvar.

BLAS. (Demuestra vivo interés  
por ellos.) Usted, señor  
los quiere....

SALVIATI. Si no es amor...

humanidad esto es.  
Que guardes silencio quiero,

silencio!

BLAS. Mudo seré.  
SALVIATI. ¡Adios! Pronto volveré. —  
(Vase Salviati por el foro.)

BLAS. ¿Quién será este caballero?

**FIN DEL ACTO PRIMERO.**

## ACTO SEGUNDO.

---

La decoracion del anterior.--Aparece BLAS tendido en una butaca junto á la chimenea y dormitando.--Amanece.

### ESCENA PRIMERA.

BLAS.

Alerta, Blas, que te duermes  
y olvidas que estás de guardia!  
Son las siete y no han venido...

(Mirando al reloj.)

¡Qué república de casa!—

Si alguna vez tengo hijos  
sabré tenerlos á raya.—

(Al ver venir á D. Carlos.)

El señor... pronto cual siempre  
hoy abandona la cama.

## ESCENA II.

D. CARLOS.—BLAS.

D. CARL. Regresaron?

BLAS. No, señor.

D. CARL. ¡Son las siete!

BLAS. Pues aun bailan.

D. CARL. Es preciso transigir  
con estas costumbres bárbaras.  
Es moda vivir de noche  
y dormir por la mañana....  
¡Qué tiempos tan diferentes  
de cuando yo *polleaba*,  
como hoy se dice!... del baile  
con sol volverán á casa;  
pero si así se divierten  
¡vaya con Dios!... yo entre sábanas  
pasar la noche prefiero  
á entre placeres pasarla:  
duermo.... y puedo levantarme  
en cuanto clarea el alba  
y así ágil para el trabajo  
mi cabeza no se cansa.

BLAS. Es cierto, señor, es cierto....  
pero ahora todo cambia  
y....

D. CARL. Voy á dar un paseo,  
que pasear por la mañana  
es higiénico y dá fuerzas  
para trabajar.—Tú aguarda  
á los bailarines... yo  
tengo que ir á ver sin falta,  
pero despues del paseo,  
á Salviati... pues se trata  
de saber el resultado  
de una empresa—empresa magna—  
que si sale como creo...  
si mis indicios no fallan,  
puede hacernos millonarios.



BLAS. ¡¡Millonarios!! (Admirado.)

D. CARL. Sí; sí.

BLAS. ¡Cáspita!—

¿Quién es el señor Salviati  
que con tan grande eficacia  
por ustedes se interesa?

D. CARL. Un amigo de la infancia  
muy íntimo, que conmigo  
vivió... en esta misma casa  
hasta el día que sus padres  
le hicieron marchar á Italia.  
No nos vimos desde entonces;

la carrera de las armas  
él siguió y yo el comercio...

me casé y en una carta  
de mi enlace improvisado  
le dí cuenta detallada.

Continuamente escribiéndonos,

nuestra amistad continuaba  
á despecho de la ausencia;

cuando la última semana  
me escribió participándome

su venida... á su llegada

la alegría que he tenido

tu puedes imaginarla.

BLAS. Le ha visto usted?

D. CARL. Ya le he visto

despues de su vuelta varias

veces y luego le espero;

es el amigo de mi alma.—

Aguarda á mis hijos.

BLAS. Bien

está, señor. ¡Que usted salga

bien de su empresa!

D. CARL. Veremos...

sinó chasco me llevara.

Hasta luego. (Vase D. Carlos.)

BLAS. Se ausentó.—

Volvamos á la butaca.— (Se vuelve á sentar.)

¡Oh que hombres tan campechanos

eran los hombres de marras!

### ESCENA III.

VICTOR.—BLAS.

(Victor entra por el foro y por la parte contraria de la que salió Don Carlos; y como recatándose de él. Blas no vé á Victor hasta que habla.)

VICTOR. ¿Blas, ha venido Salviati?

BLAS. No; señor ¡usted en casa!...

(Blas salta de la butaca.)

Por dónde entró usted?

VICTOR. Por dónde?

Por la puerta... por qué estrañas?

BLAS. Como sin llamar ha entrado...

VICTOR. Y ésta? (Sacando y enseñándole una llave que se supone ser la de la puerta de la calle.)

BLAS. Ah!... no recordaba.

VICTOR. Sabes que todas las noches me la llevo y vuelvo á casa cuando me ocurre.—Di; Blas, ¿ha venido ya mi hermana?

BLAS. ¡Pues no estaba con usted en el baile!

VICTOR. No.

BLAS. Pensaba que con usted iba anoche...

VICTOR. Dónde?...

BLAS. A pasar la velada en casa el conde del Salto.

VICTOR. No; ella fue con Doña Ana y su esposo, yo no he estado en el baile... á mí me cansan los bailes, y de etiqueta me aburren y me empalagan: además que me une al conde una afeccion muy simpática; sé que él mira con cariño, sé que le gusta mi hermana

- y ella ciega por Adrian,  
no le hace caso y me enfada  
ver que con mi amigo el conde  
esté Teresa tan agria.
- BLAS. Señorito las mugeres  
siempre han sido de una pasta,  
el que menos las merece  
es quien mas de ellas alcanza.—
- VICTOR. Sabes que me duele el pecho,  
que la cabeza me abrasa  
y que tengo hoy una tos,  
que me asesina, me mata?
- BLAS. Créame usted, señorito, (Llaman dentro.)  
de una vida relajada  
no se adquiere nada bueno,  
los jóvenes....
- VICTOR. Mira: llaman.  
Si es Salviati dile que entre  
y aguarda fuera á mi hermana. (Vase Blás.)

#### ESCENA IV.

VICTOR, *despues* SALVIATI.

(Victor se sienta y va quedándose dormido poco á poco.)

- VICTOR. ¡Ay! no me puedo tener!  
¡Tantas noches sin dormir!  
No me es posible vivir  
así.... no, no puede ser.  
En mí ya se debilita  
mi pobre naturaleza....  
jugar.... beber.... la belleza (Sale Salviati.)  
perseguir.... ¡deuda maldita! (Queda dormido.)
- SALVIATI. ¡Ahí está—senectud  
(Contemplándolo con lástima.)  
precóz sobrè él ya gravita,  
su juventud se marchita;  
¡lástima de juventud!  
Honrado le imaginé,

verle vicioso me espanta:  
¡Es hijo de aquella santa  
que con delirio adoré!  
Qué dudo ya? mi mision  
es ésta y cumplirla quiero....  
Lo salvaré.... así lo espero  
y es esta mi obligacion.  
Él al abismo ha llegado;  
en él no pondrá los pies.  
¡Victor! eh, ¡Victor! (Despertándole.)

VICTOR. ¡Quién es! (Despertándose.)  
¿Quién llama?

SALVIATI. Yo le he llamado.

VICTOR. Salviati....

SALVIATI. Me dá usted audiencia?

VICTOR. Con muchísimo placer.  
(Victor ofrece silla á Salviati, se sientan los dos.)

SALVIATI. Bien; me siento.... que va á ser  
muy larga la conferencia.—  
Usted á Bleza debia  
una cantidad?

VICTOR. Es cierto.  
y que aun la debo le advierto.

SALVIATI. No es verdad eso á fe mia.

VICTOR. ¿Cómo?

SALVIATI. Yo soy su acreedor;  
(Saca unos recibos.)

la deuda me ha traspasado  
Bleza y aquí está firmado  
(Enseña á Victor unos recibos que éste reconoce.)

VICTOR. Cierto.... de usted soy deudor.  
(Se los devuelve.)

SALVIATI. No importa por qué motivos  
está la deuda endosada....  
usted no me debe nada

y yo rasgo los recibos. (Los rasga.)  
VICTOR. Eso, Salviati, no es justo  
soy deudor y pagaré.

SALVIATI. Yo no lo consentiré;  
pues perdonar es mi gusto.

VICTOR. Eso la deuda no evita

y pagaré... sí señor;  
no haga usted nunca un favor  
al que no lo solicita:  
porque si el favor percibe  
aquel á quien no complace,  
si engrandece al que lo hace  
humilla al que lo recibe.

SALVIATI. Nunca yo de humillar trato  
ni el que es honrado esto hace:  
la juventud de ahora nace  
con un orgullo insensato!—  
Si no deber á usted pesa,  
yo quiero tambien cobrar:  
me tiene usted que pagar  
oro no... una promesa.

VICTOR. ¿Una promesa he de hacer?

SALVIATI. Si usted quiere complacerme.

VICTOR. No puedo comprometerme....  
no sé que he de prometer!...

SALVIATI. Escúcheme usted propicio.  
Quiero que usted me prometa  
dejar esa vida inquieta  
y despedirse del vicio.

VICTOR. Salviati, no soy un niño: (Picado.)  
y no sé con qué derecho  
esa peticion me ha hecho.

SALVIATI. Con el que me dá el cariño.

VICTOR. ¡El cariño!

SALVIATI. (Alma no hables.)

Con el que dá la esperiencia  
á una intachable existencia  
y á unas canas venerables;  
con el que en su caridad  
dá la santa religion  
al que tiene corazon  
en toda la humanidad;  
de dar la mano al caido,  
de orientar al estraviado,  
de corregir al que ha errado,  
de encaminar al perdido.

VICTOR. Si alucinado quizás

vivo en pasiones violentas,  
mi padre pedirme cuentas  
puede... pero nadie mas.

SALVIATI. Victor, muy mal, muy mal dices.  
(Cambio de tono.)

Tu padre no os ha educado, (Arranque.)  
y tanto os ha abandonado  
que sereis muy infelices.

En el cielo, desde aquí,  
yo veo á tu santa madre (Como inspirado.)  
que compadece á tu padre,  
y se avergüenza de ti.

VICTOR. ¡Mi madre! (Grito.)

SALVIATI. Sí... fue modelo

de virtud y vivió en guerra:  
no era su patria la tierra  
por eso ha volado al cielo.

VICTOR. ¡Madre mia! (Como avergonzado de sí mismo.)

SALVIATI.

Yo no sé  
cómo á ti te ha concebido!  
en la virtud ha creído,  
tú en ella no tienes fe.  
Vió muy claro... y tú te ofuscas;  
tú no amas... y ella amó;  
fue purísima... y tú no;  
huyó el vicio... y tú le buscas.  
Sacúdete ya la escoria  
que deja el placer tras sí:  
sé bueno, si no por ti  
por no afrentar su memoria.

(Pausa.)

VICTOR. Si me hubiera dirigido

(Dice este parlamento pausadamente hasta que pierde  
las fuerzas y cae en una butaca acometido por un  
violento ataque de tos.)

desde que fui adolescente.  
una mano diligente,  
yo no me hubiera perdido.  
Salí solo de la infancia  
—de esa tan cándida edad—  
con oro, con libertad,

con juvenil arrogancia;  
mi corazón impetuoso  
necesitaba emociones,  
necesitaba pasiones,  
no nació para el reposo.  
Tuve un amigo—que aun quiero—  
que mi orgullo sublevó  
y que al vicio me arrastró  
con halago lisongero.  
Yo joven, adolescente,  
no le pude resistir;  
preciso fue sucumbir.  
preciso... era inocente.  
Con ese oropel hermoso  
con que el vicio se engalana  
me cegó... vida liviana  
empecé ya... fui vicioso:  
y en la pendiente del vicio  
el pie una vez resbalando,  
forzoso es caer rodando  
al fondo del precipicio.  
Caí con precipitación...  
En mi violenta caída  
yo siento perder la vida  
pulsación por pulsación...  
Y ya no puedo enmendarme!  
Toque usted mi mano ardiente,  
(Coje la mano á Salviati y hace lo que indica el verso.)  
febril... toque usted mi frente...  
la vida va á abandonarme.  
¡Ay de mí!

(Cae en la butaca anonadado.)

SALVIATI.

Ea!... valor!...

Estás débil y abatido;  
vivir como tú has vivido  
gasta la salud mejor.  
Si luchas, no serán vanos  
(Victor hace un gesto de incredulidad.)  
tus esfuerzos.—¡No te asombres!  
Tener valor es de hombres  
y confiar de cristianos.—

Tu madre, en el cielo un día,  
verá con gozo cumplido  
que tú te has arrepentido...  
y llorará de alegría.

VICTOR. Con júbilo me arrepiento  
ya.

SALVIATI. De la inmunda cloaca  
del placer solo se saca  
dolor y remordimiento.  
Tú, ya estás desengañado:  
que brille en tu juventud  
la humildad de la virtud,  
no el orgullo del pecado:  
y á fondo conocerás,  
pues tus instintos son buenos—  
que ser bueno cuesta menos,  
que ser malo cuesta mas;  
que no es bastante á llenar  
del corazon el vacío,  
el goce torpe y sombrío,  
que no lo logra cegar;  
que es precisa una pasión  
noble, que llene este hueco,  
(Llevándose la mano al corazon.)  
pasión que suene cual eco  
de inmaculada region;  
la pasión de mas dulzura  
que hasta la tierra ha bajado,  
cadena que ha eslabonado  
al creador la criatura,  
amor en fin, el amor!...  
la dicha de la existencia,  
¡el amor! reminiscencia  
de otro mundo superior;  
con él todo está de más;  
sin él todo, todo falta;  
pasión purísima y alta...  
ama y te arrepentirás.

VICTOR. Yo ya estoy arrepentido.  
Jamás yo fuera vicioso...  
yo viviria dichoso



si me hubieran dirigido.  
No viviera con afán  
con padre con mas cuidado,  
el mio me ha abandonado  
y me ha perdido Adrian:  
el falso amigo que quiere  
ser esposo de Teresa.

SALVIATI. No será...—La boda esa  
impediré si pudiere.

VICTOR. Sí; sí... que si no mi hermana  
desventurada será!

SALVIATI. Ella le despreciará  
muy pronto... quizás mañana.

Sí, Victor, yo la hablaré.

VICTOR. A ver si á Adrian olvida  
y yo cambiaré de vida,  
si puedo... pero podré!  
A una firme obstinacion  
ningun obstáculo arredra:  
para el vicio seré piedra,  
le veré sin tentacion.

Y mi madre, desde allí,  
verá que renuncio al goce;  
y yo haré que se alboroze  
y no se afrente de mi!

SALVIATI. Teresa viene... con ella  
(Rápido hasta el final de la escena.)  
déjame.

VICTOR. Voy á encontrarla

y...

SALVIATI. Dile que quiero hablarla  
y ¡ojalá que le hagan mella  
mis frases!

VICTOR. ¡Sálvela usted,  
como á mí!

SALVIATI. Sí; de eso trato;  
voy á ver si su amor mato.

VICTOR. Sí; sí... Yo lo escucharé.

## ESCENA V.

SALVIATI.

Como pueda resistir  
á las seducciones gratas  
del placer..., ya está salvado:  
el que resiste se salvá.  
Si yo años antes hubiese  
podido venir á España,  
hubiera yo dirigido  
de tiernas esas dos plantas,  
y no creciendo torcidas  
no habría que enderezarlas.  
Bien dirigida Teresa  
á Adrian ella no amara:  
cuando nacen las pasiones  
con facilidad se matan,  
que nacen como caprichos,  
y los caprichos no arraigan;  
mas si crecer se las deja  
y en el corazon se ensanchan,  
toman ya tanto incremento  
que absorben toda su savia  
y ya arrancarse no pueden  
si el corazon no se arranca.  
Hacer que Teresa olvide  
es una empresa mas árdua...

## ESCENA VI.

SALVIATI. — TERESA.

(Teresa dice con gozo y con rapidéz los versos primeros de la escena.)

TERESA. Con Victor vengo de hablar  
y alegre me ha confesado  
que olvidará su pasado,  
que va de vida á mudar,

que es usted su salvador;  
yo le escuché complacida  
y me he venido en seguida  
con el júbilo mayor  
á dar las gracias á usted;  
yo no sé con qué derecho  
usted otro hombre lo ha hecho;  
pero agradecerlo sé.

SALVIATI. Vas á saberlo al momento.—  
Oye y guarda en tu memoria  
estas frases... son mi historia  
que por primera vez cuento.—  
Era la edad venturosa  
de mi Abril, el alma mia  
á la juventud se abria  
como al sol se abre la rosa.  
Jóven, feliz, sonriente  
como muy nativo suelo,  
tranquilo como su cielo,  
como su Vesubio ardiente;  
nacido en pobre fortuna  
teniendo mi espada sola;  
conocí yo á una española,  
hermosa como ninguna.  
Vino con su padre allí  
gallarda, hermosa y doncella  
esa inolvidable Estrella...

TERESA.

¿Mi madre!

SALVIATI.

Tu madre; sí.

Nos conocimos los dos,  
de entonces... ¡ni aun hoy lo olvido!  
un amor en dos partido  
puso en nuestras almas Dios.  
Ella rica, yo soldado  
sentimos igual amor:  
ese gran nivelador  
nos habia nivelado.  
Nuestra pasion era pura,  
nuestra pasion era inmensa  
y hallaba su recompensa  
en nuestra mútua ternura.

A su padre declaró  
Estrella que me quería...  
su padre desde ese día  
Nápoles abandonó.  
Fue mi pasión rechazada,  
pues aunque honrado y leal,  
era yo un pobre oficial  
que vivía de mi espada;  
ella era rica... era pues  
muy absurda esta pasión;  
no al ojo del corazón,  
sí al ojo del interés.  
Su padre nos separó,  
pero Estrella me escribía...  
hasta un día... ¡infausto día!  
en que supe que casó.  
La casaron con tu padre  
matando así mi esperanza,  
y yo viví sin bonanza  
y sin bonanza tu madre.  
Murió de melancolía  
¡y yo no pude morir!  
hoy que no anhelo vivir  
como lo anhelaba un día;  
tengo una fortuna fuerte,  
he ascendido á general....  
¡sarcasmo triste, glacial  
con que me burla la suerte!  
Victor y tú sois sus hijos:  
¡Cómo no os he de querer!  
Si sin faltar al deber,  
á mis deberes prolijos,  
venir hubiera podido  
antes á España, yo acaso  
os guiara paso á paso,  
y no os hubierais perdido.  
TERESA. ¡Yo señor!... Mi juventud (Ofendida.)  
es de pureza dechado,  
ella solo ha respirado  
las auras de la virtud.  
Le han enterado á usted mal.

- SALVIATI. Yo jamás en duda puse  
tu virtud, nunca supuse  
en tí, instinto criminal.  
Como un ángel del Eden  
pura te creo; mas dí:  
¿amas tú con frenesí?...  
¿No me han enterado bien?
- TERESA. Sentir una gran pasión  
no es andar estraviada;  
el estar enamorada  
jamás ha sido un baldón.
- SALVIATI. Mas concentrar la existencia  
en un indigno mortal,  
sentir un amor fatal,  
ya desde la adolescencia;  
que solo en sí se solaza,  
que solo en sí se recoje,  
que si el corazón lo acoge  
la cabeza lo rechaza;  
eso es malgastar la vida;  
eso es el alma secarse,  
eso es, con luz, estraviarse,  
eso es caminar perdida.
- TERESA. Del amor siente el afán  
el hombre á quien dí mi fe;  
cual le amo que me ama sé  
Adrian.
- SALVIATI. Te engaña Adrian;  
te lo digo por tu bien.  
Mata ese amor, hija mia,  
tu madre.... tu madre un día  
supo matarlo también.  
Y ella amaba á un hombre honrado,  
tú amas á un hombre perdido:  
tu remedio es el olvido,  
tu desgracia haberle amado.
- TERESA. Eso es un funesto error.  
Adrian es mi sueño de oro,  
me ama como yo le adoro,  
es su amor como mi amor.
- SALVIATI. ¿Y te atreves á creer

en tu ceguiedad bendita  
que aroma una flor marchita  
pueda en su cáliz tener?  
Sal de tu funesto error,  
por tu bien á ello te invito:  
no existe en pecho marchito  
el aroma del amor.

El que pasa su existencia  
en la crápula y el juego,  
el que vive sin sosiego,  
sin la paz de la conciencia,  
el que el espíritu enloda  
del desórden en el cieno,  
en la materia de lleno  
hunde su existencia toda,  
y amor no puede sentir  
y ninguna pasion noble:  
el que á los vicios se doble  
á ellos ha de sucumbir  
matando su juventud  
en profundo precipicio;  
no vive amor en el vicio,  
vive amor en la virtud.

TERESA. A Adrian no puedo olvidar  
porque yo quererle quiero;  
sin cariño verdadero  
no lo supiera pintar.  
De un desconocido eden  
sabe hablar al corazon;  
si su amor fuera ficcion  
lo conoceria bien.

SALVIATI. ¡Cuán equivocada estás!  
escucha á un viejo sincero:  
el amor que es verdadero  
no es elocuente jamás.  
La elocuencia hija es  
de grande imaginacion  
—no es hija del corazon—  
y habla... como el interés.  
Amor sin habilidad  
espresa su pensamiento,

y habla como el sentimiento,  
balbucea la verdad.

TERESA. Mi corazon no delira  
veráz creyendo á mi amante;  
conociera en su semblante  
la sombra de la mentira.

SALVIATI. ¡Que la razon no te venza!  
El interés es faláz....  
adopta cualquier disfráz  
y oculta su desvergüenza.  
Adrian...

TERESA. ¡No lo creo; no!  
(Asustada de haber comprendido.)

SALVIATI. (Fuerza es que el cáliz agote.)  
Adrian adora... tu dote;  
por ella te enamoró.

TERESA. Es un falso testimonio  
á su pasion levantado;  
él se casa enamorado.

SALVIATI. Espera en el matrimonio...

TERESA. ¡Oh si eso fuera verdad  
le odiaria, le odiaria!  
de un cielo de luz caería  
á profunda oscuridad.

SALVIATI. Pues que nada te convence  
prefiero en tu situacion,  
matar hoy tu corazon  
á que luego se avergüence.  
Lee esta carta. (Saca una carta Salviati.)

TERESA. ¡A ver... á ver!...

SALVIATI. ¡Si tienes valor!

TERESA. Soy fuerte:  
aunque leyera mi muerte (Se la dá.)  
yo la querria leer.

(Leyendo.)

«Estoy sin fondos, pero cuando me case con Teresa Gomez del Rio, que es una rica heredera, podré satisfacer mis deudas. No esperará usted mucho, pues pronto efectuaré un enlace en el que cifro mi felicidad, porque me hará liquidar con usted y gozar de las dulzuras de la vida.»

(Representando.)

¡Su letra!... —¡Adrian infame!  
¡su firma!... —¡mintió el villano!  
¡antes cortarme la mano  
que suya mi mano llame!  
Cuando venga—que vendrá  
al instante—le hablaré  
y al rostro le arrojare  
esta carta y temblará.  
Yo sabré romper los lazos  
de esta maldita pasion,  
aunque deje el corazon  
ya para siempre á pedazos.

SALVIATI.

He logrado averiguar  
la verdad... pues yo sabia  
que jugaba y que debia,  
y me he podido quedar  
sus deudas... yo le he incitado  
á pagarme... imaginaba  
que por interés te amaba...  
Ya ves lo que ha contestado.

TERESA.

SALVIATI.

Ya conocido  
le tienes... haz tus deberes,  
pórtate como quien eres...  
piensa de quién has nacido! (Vase Salviati.)

## ESCENA VII.

TERESA.

¡Me ha engañado... y aun le adoro!  
¡Adios! ¡adios mi esperanza!  
ya la vida sin bonanza  
quedó para mí y... lloro!  
¡Ah no merece el impío  
que lllore por él!... mi pena  
oculte mi faz serena...  
Que venga... que hasta me rio...



## ESCENA VIII.

TERESA.—ADRIAN.

ADRIAN. ¿No has descansado, Teresa?

TERESA. Todavía no he dormido.

ADRIAN. ¿No?...

TERESA. No; aquí me he entretenido  
(Señalando la carta que conserva en la mano.)  
viendo esto... que me interesa.

ADRIAN. ¿Una carta?... ¡Estoy en vilo!

¡Parece la mía!...) A ver.

TERESA. Te va mucho á complacer (Con marcada ironía.)  
la sencillez del estilo.

ADRIAN. Dame pues.

TERESA. ¡No te impacientes!

¡Si yo quiero que la leas!... (Siempre con ironía.)

¡Verás que hermosas ideas!

¡qué ideas tan elocuentes!

¡Me vas á hacer el favor,

despues que la hayas leído,

de decir si has conocido

á su infame y vil autor!

Toma; lee. (Se la dá.)

ADRIAN. (Bien pensé....

(Al ver el sobre y antes de leer.)

he caido en el barranco....

¡Si no se puede ser franco

en este mundo!)

TERESA. Lee.

(Victor va á salir y al ver á Adrian se detiene á escuchar á la puerta.)

ADRIAN. ¡Aquí mi serenidad!

Si Salviati se la dió!...)

TERESA. ¿Quién ha sido el autor?

ADRIAN. Yo;

yo no niego la verdad.

TERESA. ¡Es mucha desfachatéz!

¡No lo niegas!

ADRIAN.

No lo niego;  
pero que me oigas te ruego  
y despues serás mi juez.  
Yo la he escrito ; no tenia  
con qué pagar al momento,  
y he inventado.... ese cuento  
para ganarme algun dia,  
hacer fondos.... y que así  
Salviati no me apremiara;  
tú has creido ; ¡cosa es clara!  
que la verdad dije aquí.... (Por la carta.)  
Que no es esta la verdad  
sabes.... usé esta licencia....

(Víctor va á salir y al ver á Teresa hablando con Adrian  
se detiene en la puerta del foro.)

TERESA.

¡Oh tienes grande impudencia  
(Interrumpiéndole y estallando.)  
y grande serenidad!  
Solo me causas enojos....  
Terminemos la contienda....  
¡Gracias á Dios! ya la venda  
ha caido de mis ojos.  
Mientras en tu amor creí  
no pude dejar de amarte....  
ahora puedes marcharte;  
estás ya de sobra aquí.  
Aunque tan infame has sido  
que en mi alma pura y sencilla  
has sembrado la semilla  
de un amor , que no has sentido;  
y tres años de esta suerte  
me engañaste con vil modo,...  
yo te lo perdono todo;  
pero qué no vuelva á verte.

ADRIAN.

Me iré , me iré ya en seguida....  
Tú lo pasarás peor:  
me quieres , y con tu amor  
me apoderé de tu vida.  
Hoy incomodada estás....  
mañana , ya con mas calma,...  
tu alma buscará á mi alma

- TERESA. y por mi amor llorarás.  
¡Villano yo te creía,  
mas no cínico... impudente!...  
¿Creiste seguramente  
que el corazón no varía?  
Pues el mio ha variado:  
al ver del tuyo la escoria,  
te arroja de su memoria  
de quererte avergonzado.—  
De aquí ahora mismo saldrás.
- ADRIAN. Bien.—(La cólera la abrasa.)  
Ya me marchó.
- TERESA. En esta casa  
que no te vea yo mas.

## ESCENA IX.

*Dichos.*—VICTOR.

(Al tiempo de salir Adrian entra Víctor y le dice)

- VICTOR. Y yo lo mismo te digo.  
Mi juventud maleaste,  
de la virtud me apartaste;  
no quiero ya ser tu amigo.  
Ya sin tu amistad me quedo  
porque mucho me ha amargado;  
he resuelto ser honrado:  
ser ya tu amigo no puedo.
- ADRIAN. ¿Has acabado? (Con calma.)
- VICTOR. Acabé.—
- ADRIAN. Me despedis... es verdad,  
mas de mi *fiel* amistad  
*recuerdos* os dejaré (Con sarcasmo.)  
Mi esperanza no se trunca,  
lograste mi humillacion, (A Teresa.)  
mas te mato el corazón...  
¡Adios, Teresa, *hasta nunca!*  
Reniegas tú ¡vive Dios! (A Víctor.)  
de mi amistad ya perdida,

pues ella mata tu vida.  
¡Victor, para siempre adios!  
(Dió mi carta el insensato  
de Salviati y me perdió...  
mi venganza provocó:  
donde le vea lo mato.) (Vase Adrian.)

## ESCENA X.

TERESA.—VICTOR.

- TERESA. ¡Inicuo! ¡vil!  
VICTOR. ¡Le maldigo...  
fue mi tentacion constante!  
TERESA. ¡Ese hombre ha sido mi amante!  
VICTOR. ¡Ese hombre ha sido mi amigo!  
(Pausa.)  
Ese profeta villano  
mi porvenir vá á acertar  
yo no puedo respirar...  
¡esta tós!...  
TERESA. ¡Dios soberano! (Asustándose.)  
VICTOR. Vive hasta la senectud  
el que su existencia cuida;  
yo gasté toda mi vida  
en mi loca juventud.  
TERESA. Tu vida en su fuego aun arde  
y vivirás...  
VICTOR. Pocos años.—  
¡Buenos son los desengaños,  
pero siempre llegan tarde!  
TERESA. ¡Es verdad!... eso es muy cierto:  
de amar me he desengañado  
¿y cuándo? cuando he quedado  
con el corazon ya muerto.  
VICTOR. Yo me alejo del placer  
¿y cuándo? cuando mi vida  
es llama casi estinguida  
y próxima á fenecer.  
TERESA. No lo creas, Victor, no.

VICTOR. Sí; yo no puedo vivir!  
TERESA. ¿Y por qué no?  
VICTOR. He de morir;  
el vicio me asesinó.  
(Dentro con alegría.)  
D. CARL. ¿Dónde están? ¿en dónde están?

## ESCENA XI.

TERESA.—VICTOR.—*Despues* D. CARLOS.

TERESA Y VICTOR. ¡¡Papá!!  
TERESA. Victor, que no sepa  
nuestro lamentable estado!  
VICTOR. Le ocultaré mi violenta  
situacion si me es posible.  
TERESA. Ya está aquí! (Sale D. Carlos.)  
D. CARL. ¡Victor! ¡Teresa!  
¡Ya sois ricos! ¡ya sois ricos!  
(Contraste marcado entre la alegría del padre y el dolor  
de los hijos.)  
nadareis en la opulencia.  
TERESA. Somos ricos?  
D. CARL. Millonarios.  
Me ha enriquecido esta empresa.  
Salviati me la propuso.  
VICTOR Y TERESA. ¡Salviati!  
D. CARL. Mi providencia,  
y la suya.... que tambien  
adquiere fortuna inmensa.  
En la calle le encontré,  
comunicóme esta nueva...  
que él hizo esta operacion  
con las suyas y mis rentas.  
Es tan grande mi alegría  
que no puede estar secreta  
y vine á participárosla,  
pues bien merece que venga.  
Vamos á ser dichosísimos  
la felicidad es nuestra;

que el oro es el rey del mundo,  
el único que hoy gobierna;  
hoy el que tiene fortuna  
todo lo tiene con ella.

VICTOR. (¡Pobre padre!)

TERESA. (¡Pobre padre!)

D. CARL. Hijos míos; ¿no os alegra  
esta noticia?

TERESA. Muchísimo!

VICTOR. Sí; papá.

D. CARL. Pues, hijos, ea!

Tened caprichos, cumplidlos...

para eso es nuestra riqueza.

Ya no os diré que gastais,  
derrochad... si esto os alegra:

soy el padre mas dichoso  
que existe sobre la tierra,  
porque ya de mi trabajo  
alcanzo la recompensa.

TERESA. (¡Pobre padre!)

VICTOR. (Pobre padre!)

D. CARL. Tenemos la panacea  
que cura todos los males  
que se sufren en la tierra;  
el elixir de la vida,  
de nuestro siglo el *Eureka*,  
y la palanca de Arquimedes  
que ha logrado en nuestra época  
mover el mundo. Venid  
á mi habitacion y en ella  
para que ya celebreis  
nuestra lograda opulencia  
dinero os daré... dinero  
que gastareis con largueza.

TERESA. ¡Qué bueno eres, papá!

VICTOR. ¡Grande cariño nos muestras!

D. CARL. Para vosotros es todo.

Por ti Victor y Teresa  
por ti, trabajó hasta hallar  
la fortuna que hoy encuentra  
un padre que por sus hijos

Dios hizo se enriqueciera.  
Vamos... venid ya conmigo  
mi seductora pareja.

TERESA.

Vámonos pues.

VICTOR.

Vamos.

D. CARL.

Vamos.

VICTOR.

(¡Maldito el dinero sea!)

(Victor va á marcharse con Teresa y con su padre,  
cuando Salviati le dá en el hombro y le detiene.)

## ESCENA XII.

SALVIATI.—VICTOR.

SALVIATI. Victor!

VICTOR.

¡Salviati! Mi padre  
se regocija, se alegra,  
pues debe á usted su fortuna,  
la dicha... segun él piensa;  
mas su alegría me daña,  
pues como burla sangrienta  
riqueza nos dá la suerte  
cuando no nos aprovecha.

SALVIATI.

El oro no es la ventura:  
con buena fe... pero ciega,  
equivocado tu padre  
os dotara de riqueza,  
pero no de direccion;  
si os ha buscado opulencia  
os avocó al infortunio...

VICTOR.

Que nunca, que nunca sepa  
que es incapáz todo el oro,  
todo el oro de la tierra  
de ir á enjugar una lágrima,  
la lágrima mas pequeña.

SALVIATI.

Dices bien, Victor.—Hoy mismo  
tu casa y tu patria dejas,  
mi compañero de viage  
serás, quiero yo que veas  
las montañas de Suiza...

VICTOR. Sí; con alegría inmensa  
quiero cambiar de vida,  
de aire, de clima, de tierra,  
y si me fuera posible  
cambiar de naturaleza.  
Estoy tan débil!...

SALVIATI. Por eso  
la oportunidad es esta:  
la salud recobrarás  
andando lejanas tierras.—  
Tengo que hablar con tu padre.  
¿Está?

VICTOR. Sí; allí.

(Señalando el gabinete de D. Carlos y disponiéndose á  
acompañar á Salviati.)

SALVIATI. Tú no vengas.

Deseo hablarle en secreto.

VICTOR. Está dentro con Teresa.

SALVIATI. No importa; la haré salir. —  
Victor, tu equipage arregla.

### ESCENA XIII.

VICTOR.—*Al momento* TERESA.

VICTOR. Esto será de mi agrado,  
lejos... lejos ausentarme...  
yo necesito marcharme  
muy lejos de mi pasado.  
Si liberto de la muerte  
mi existencia, volveré...  
entonces quizás podré  
torcer el rumbo á mi suerte. (Sale Teresa.)  
Teresa, la corte dejo.

TERESA. ¿Victor, adónde te vas?

VICTOR. A Suiza.

TERESA. Y me dejarás?

VICTOR. Es de Salviati consejo.  
Acaso viva yo así;  
él á ir me compromete



y quiero ir.

TERESA. Vete, vete... (Con precipitación.)  
quiero que vivas sí, sí!

VICTOR. Veré países distintos,  
con él voy á viajar;  
quiero, Teresa, cambiar  
como pueda hasta de instintos.  
Y cobraré la salud  
ó moriré de una vez;  
quiero ver si la vejez  
mato de mi juventud.

TERESA. La salud recobrarás  
y... bendeciré ese día.

VICTOR. ¡Abrázame hermana mia  
(Con cariñoso sentimiento.)

por si no me abrazas mas!

(Quedan abrazados formando grupo y cae el telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

1870  
1871  
1872  
1873  
1874  
1875  
1876  
1877  
1878  
1879  
1880  
1881  
1882  
1883  
1884  
1885  
1886  
1887  
1888  
1889  
1890  
1891  
1892  
1893  
1894  
1895  
1896  
1897  
1898  
1899  
1900

APPENDIX

1901  
1902  
1903  
1904  
1905  
1906  
1907  
1908  
1909  
1910  
1911  
1912  
1913  
1914  
1915  
1916  
1917  
1918  
1919  
1920  
1921  
1922  
1923  
1924  
1925  
1926  
1927  
1928  
1929  
1930  
1931  
1932  
1933  
1934  
1935  
1936  
1937  
1938  
1939  
1940  
1941  
1942  
1943  
1944  
1945  
1946  
1947  
1948  
1949  
1950

## ACTO TERCERO.

---

Salon de descanso de un baile en casa el conde del Salto.

### ESCENA PRIMERA.

ADRIAN. — EL CONDE DEL SALTO.

(Sentados siguiendo la conversacion.)

ADRIAN. Veo que ese corazon  
está, Conde, muy enfermo  
y mal de amores se llama  
su enfermedad.—Soy buen médico.—

CONDE. Encuentre usted medicina  
que me cure.

ADRIAN. No la encuentro.

CONDE. Ni yo; estoy enamorado,  
enamorado en extremo  
de una muger insensible  
que es de hermosura portento;  
todos la aman y ella á nadie  
corresponde, ni un ligero  
favor otorga á ninguno,  
por nadie siente el secreto

afan del amor, por nadie  
siente el mas mínimo afecto;  
es una deidad de roca,  
es una Vénus de acero...  
Se murmura que su amante  
usted fue...

ADRIAN. Si... en otro tiempo.

CONDE. Y ahora?

ADRIAN.

Ahora ya no,  
nada en el mundo es eterno:  
además que yo por ella  
no tuve un amor sincero.  
Yo festejaba su dote,  
—dote soberbia por cierto—  
hasta con idolatría,  
que yo idolatro el dinero...  
y del amor me serví  
así... como de un anzuelo...

CONDE. ¿Pero usted riñó con ella  
y para siempre riñeron?

ADRIAN. No; ella riñó conmigo,  
yo nunca lo hubiera hecho.

CONDE. Es igual; pero es extraño!

ADRIAN. Pues yo natural lo creo.—  
De mí estaba enamorada,  
vino un maldecido viejo,  
—que tomó á mis acreedores,  
mis déudas con el objeto  
que usted sabrá—me escribió  
que le pagase al momento;  
yo, no tenia con qué,  
él me apremiaba, yo necio  
fui franco... le contesté  
que dentro de poco tiempo  
contraeria matrimonio  
—segun era mi proyecto—  
con una rica heredera,  
y saldaria mis créditos  
con el caudal que aportara  
al séptimo sacramento  
y... caí en mis propias redes.

Yo no sabia el afecto  
con que á Teresa miraba  
Salviati... porque á saberlo  
jamás hubiera yo escrito  
tal epístola... ese viejo  
enseñó mi carta auténtica  
á Teresa, y el efecto  
que hiciera en su alma sencilla  
tal desengaño, lo dejo  
á la comprension de usted:  
cayó la pobre del cielo  
de su ilusion al abismo  
de la verdad... desde luego  
rompió nuestras relaciones  
cargándome de dicterios  
infamatorios y haciéndome  
tomar las de Villadiego.—  
Donde yo encuentre á Salviati  
—yo soy tirador muy diestro—  
lo desafío y lo mato;  
por él hoy así me veó.

CONDE. Entonces porque es de mármol,  
Teresa, ahora comprendo:  
en su pasion desgraciada  
há agotado todo el fuego  
de su alma y la ha dejado  
insensible al sentimiento.

ADRIAN. Sí; Conde.—No busque usted  
amor en su pecho yerto;  
ella no busca pasiones,  
ella busca aturdimiento.  
Ese tren con que deslumbra,  
esos trages opulentos,  
esas galas preciosísimas,  
ese continuo trasiego  
de su vida, siempre en bailes,  
en teatros y hasta en templos,  
esos continuos viages,  
ese cambiar de objetos,  
todo eso en fin significa  
fastidio, *spleen*, desaliento.

- CONDE. Adrian... y ¡usted es la causa!  
ADRIAN. Y he tocado sus efectos.  
Sin ese viejo Salviati  
hoy yo seria opulento,  
y así estoy arruinado,  
arruinado sin remedio.  
Hoy no tengo ya mas blanca  
que la camisa... fui lerdo  
y lo pago.... bien me está....  
y ya no es ningun misterio  
(El conde se distrae y queda pensativo.)  
que por hallarme sin rentas  
senté plaza de cajero  
en casa mi amigo Souza,  
esto no es para mi génio,  
me gusta poco el trabajo....  
el trabajar no es higiénico.—  
¡Pero, conde, usted no me oye?  
¡Se ha quedado usted tan sério  
y tan pensativo.... ea!....  
lo dicho : está usted enfermo.
- CONDE. Sí, sí; el amor de Teresa  
es mi único pensamiento,  
esta pasion me domina  
y anonadarla no puedo.
- ADRIAN. Me marchó mañana á Francia;  
si sigue usted mi consejo  
imitarme debe usted;  
lo digo como lo siento.
- CONDE. Imposible!... yo no parto.
- ADRIAN. ¿Se queda usted?
- CONDE. Sí, me quedo.
- ADRIAN. Obre usted como le plazca....  
ausentarse fuera cuerdo.
- CONDE. Vivir no puedo sin verla,  
y aunque esperanza no tengo,  
me consuelo con mirarla,  
con hablarla....
- ADRIAN. ¡Buen provecho!—  
usted que tiene ilusiones  
gócelas por mucho tiempo....

yo.... con permiso de usted,  
me voy á mi vicio.... al juego.—  
CONDE. Hasta despues.  
ADRIAN. (¡Pobre jóven!  
¡Está en la edad de los necios!)

## ESCENA II.

EL CONDE, *al momento* SALVIATI y VICTOR.

CONDE. ¡Habrá querido Teresa  
á Adrian! apenas creo  
que pudiera amar á un hombre  
tan vicioso, tan abyecto....  
¿Quien sabe?...—¡Salviati y Victor!  
(Al verles venir.)

yo les creia muy lejos,  
yo les creia en Suiza....  
ignoro cuándo volvieron.  
(Salen Salviati y Victor.)

VICTOR. ¡Conde!  
CONDE. ¡Victor!—¡Bien venidos!  
(Se abrazan y se saludan.)

SALVIATI. ¡Mil gracias!  
CONDE. ¡Señor D. Pedro!...  
(Dándole la mano.)

SALVIATI. La libertad nos tomamos  
de venir, aunque no hemos  
recibido invitacion,  
y si no somos molestos....

CONDE. Ustedes jamás; muchísimo  
de verles aquí me alegro.  
No se les ha convidado,  
como otras veces se ha hecho,  
porque ni mamá ni yo  
sabíamos su regreso.  
Creimos que aun viajando....

SALVIATI. Nadie sabe que hemos vuelto.  
VICTOR. Hace muy poco llegamos  
y dar sorpresa queremos.

- Nos dijo Blas que papá  
y Teresa aquí vinieron.  
SALVIATI. ¿Están en el baile?  
CONDE. Sí;  
en los salones de dentro.  
Don Carlos juega al tresillo,  
Teresa está, según creo,  
con mi mamá.
- VICTOR. Si quisieras  
traerla.... (Al conde.)  
CONDE. Voy al momento.  
VICTOR. Quisiera un instante hablarla,  
quisiera verla en secreto....  
Delante de mucha gente....  
CONDE. Sí... ya comprendo.— Hasta luego.

### ESCENA III.

SALVIATI.—VICTOR.

- VICTOR. ¡Gracias á Dios, que en mi patria,  
que en mi España ya me encuentro!
- SALVIATI. Y escapado de la muerte.
- VICTOR. Tanto á decir no me atrevo.
- SALVIATI. Sí, Victor, que ya no gimes  
en las cadenas de hierro  
que esclavizándote estaban:  
saliste del cautiverio.
- VICTOR. Felizmente de ellas libre  
estoy y á usted se lo debo...  
á usted ¡mi segundo padre!  
no sé cómo agradecersele...  
Mi gratitud...
- SALVIATI. No la exijo:  
no mas mi deber he hecho;  
si de este modo no obrara  
tendria remordimiento:  
creyera que de tu madre,  
desde la mansion del cielo,  
—si yo impasible os mirara



correr al abismo horrendo  
de la perdicion—pudiera  
reconvenirme el acento,  
de vengativo acusándome  
y de bajos sentimientos:  
yo jamás, jamás olvido  
lo que á mí mismo me debo;  
pues nací, Victor, amante  
y cristiano y caballero.

### ESCENA IV.

EL CONDE.—TERESA.—SALVIATI.—VICTOR.

(Teresa viene apoyada en el brazo del Conde y apresuradamente; al llegar á la escena se suelta.—El Conde le dice desde la puerta del foro:)

CONDE. ¡Mirele usted!

TERESA. ¡Victor! ¡Victor!

VICTOR. ¡Teresa mia! (Se abrazan.)

TERESA. ¡D. Pedro! (Saludo cariñoso.)

¡Bien llegados! ¡bien venidos!

¡Gracias á Dios que les veo!

SALVIATI. Regresar ya deseaba  
yo tambien.

VICTOR. (A Teresa.) ¿El papá bueno?  
(Los hermanos hablan entre sí.)

TERESA. (A Victor.) Está bueno y en el baile.

SALVIATI. (Al Conde.) ¿Viene usted, Conde?

CONDE. Sí.

SALVIATI. Os dejo  
que á la efusion del cariño (A Victor y á Teresa.)  
os entregueis en secreto.

CONDE. (A Salviati.) Apóyese usted, Salviati,  
y en los salones entremos.

SALVIATI. Gracias.—Acepto el apoyo.—

(Se coge del brazo que le ha ofrecido el Conde.)  
¡Adios!

VICTOR. ¡Adios!

TERESA. Hasta luego.

## ESCENA V.

TERESA.—VICTOR.

TERESA. Por fin lograste evitar  
el peligro de la muerte  
y regresar sano y fuerte  
al caro... al paterno hogar.

VICTOR. Así, Teresa, lo creo  
ese peligro evité;  
mas si con vida quedé  
vivo como no deseo.

TERESA. Habla, Victor, no concibo  
qué dices con claridad.

VICTOR. ¿Quieres saber la verdad? -  
Pues bien vejeto, no vivo.  
Aunque la tos me ha dejado  
y el pecho se fortalece,  
hoy mi físico parece  
el de un enfermo curado.  
Baños, viages, juventud  
dan á mi naturaleza,  
una falsa fortaleza,  
una engañosa salud.  
Bueno estoy cuando vejeto,  
bueno cuando no me agito;  
pero yo que necesité  
en mi edad vivir inquieto,  
la inquietud me dá pesares.  
Nada puedo!!! mi doctor  
me ha prohibido el licor  
y probar muchos manjares.  
Me daña el caliente estío,  
me daña el helado invierno,  
todo me daña!! es eterno  
este sufrimiento mio.  
Esta vida—que no encanta—  
si he de alargar ;no hay remedio!  
me ha de consumir de tedio

vejetando como planta,  
y sin tener emociones  
del sentimiento muy lejos...  
viviendo como los viejos  
en la edad de las pasiones.

TERESA.

(¡Pobre Víctor!)

VICTOR.

Ya escuchaste  
mi vida.... ¿Tú eres dichosa?  
¿Tu vida no es azarosa  
cual la mía?

TERESA.

¡Te engañaste!—

Yo pude muy bien truncar  
el yugo de mi pasión;  
mas á mi fiel corazón  
no pude hacerle olvidar.  
Quise sentir con calor  
otra pasión, yo quería  
ver si este amor estinguía  
con el fuego de otro amor.  
*Y al gran mundo me lancé  
y mi opulencia lucí,*  
y á donde quiera que fui  
con mi fausto deslumbré.  
Y vi cien hombres rendidos,  
y vi cien hombres amantes;  
esclavos míos constantes  
al carro del triunfo uncidos:  
mas no les pude querer  
y les quise engañar....  
no sabiendo adivinar  
el alma de esta muger,  
juzgando la risa loca  
en que mi tedio se oculta,  
me dice.... *esa turba multa* (Con desprecio.)  
que soy mármol, que soy roca.  
Esos hombres no están cuerdos  
y no ven en lontananza:  
ellos piden esperanza,  
yo no doy mas que recuerdos.  
Al *spleen* mi alma sumisa,  
no ven que con él yo lidio,

sin mas pasion que el fastidio  
que aturdo yo con mi risa.  
No ven que el alma sensible  
que en este pecho se esconde,  
busca el camino por donde  
halle otro amor.... imposible.  
¡Y á este imposible, afligida,  
no ven que aun así no cede:  
que querer quiere y no puede,  
quiere olvidar y no olvida!

VICTOR.

(¡Pobre Teresa!)

TERESA.

Ya ves

si yo soy desventurada:  
vida á vida comparada  
no sé que vida peor es.

VICTOR.

¡Fuera negras reflexiones!...  
vamos al baile.... bailemos...  
y nuestro *spleen* embotemos....  
ven conmigo á los salones.

TERESA.

Vamos; te acompañaré.

VICTOR.

Quiero abrazar á papá.

TERESA.

Sí, Victor.... vamos allá.

VICTOR.

Sí; á verle.

TERESA.

Te guiaré.

(Vanse cojidos del brazo por el foro.)

## ESCENA VI.

SALVIATI. — D. CARLOS.

(Salen por la izquierda.)

D. CARL.

Tampoco está aquí.

SALVIATI.

Pues yo

con Teresa le vi antes  
aquí.... ha pocos instantes....

D. CARL.

Sin duda al salon entró. —

¡Salviati!... solo por ti  
pudo la muerte evitar,  
yo no sé cómo pagar

el favor que te debí;  
Yo que todo lo ignoraba!...  
Yo felices los creía  
y.... mi Victor se moría,  
mi Teresa se mataba  
el corazón!... No hay disculpa  
que mi proceder abone....  
¡Ojalá Dios me perdone  
pues mía es toda la culpa.—  
Con cariño y buena fe  
á sí mismos entregados  
y á su suerte abandonados  
desde la infancia dejé.  
Con libertad han crecido,  
libres les quise educar;  
quise un extremo evitar  
y en otro extremo he caído.  
Los dejé sin dirección  
y á su arbitrio ellos viviendo....  
¡Tarde; que tarde comprendo  
del padre la alta misión!  
En mis pesares prolijos  
comprendo, aunque no me cuadre,  
que el que no sabe ser padre  
no debía tener hijos.  
Yo los amé sin amarlos,  
mi querer no fue querer;  
yo padre no supe ser  
pues no he sabido educarlos.  
¡No supe, no!

SALVIATI.

Tú pensaste  
como la comun locura,  
que es el oro la ventura  
y en él pensando olvidaste  
que es del padre la misión  
dirigir con insistencia  
del hijo la inteligencia  
y también el corazón.  
Juventud no dirigida,  
como nave sin piloto,  
se estrella por rumbo ignoto

en las rocas de la vida.  
Ten valor para sufrir  
pues tu mision has errado.  
¡No hay remedio!

D. CARL.  
SALVIATI.

Lo pasado

no se puede corregir.  
Sin ti, sin ti; lo sé bien  
aunque á creerlo no acierto;  
ya Victor hubiera muerto,  
Teresa acaso tambien  
unida á un hombre ruin...  
viniste á tiempo; lo sé.

SALVIATI.

No, Carlos, tarde llegué,  
tarde... pero llegué en fin.  
Tarde; porque Victor ya  
habia en su juventud  
destruido su salud  
y achacoso vivirá.  
Tarde... Teresa obcecada  
habia con su pasion  
destruido el corazon  
y vivirá desolada.

D. CARL.

Este es el remordimiento  
que ahora sin cesar me asalta;  
el que comete una falta  
siempre lleva su escarmiento.—

SALVIATI.

Adrian!... (Viéndole venir.)

D. CARL.

Adrian aqui?—

Vámonos porque me inspira  
ese hombre furiosa ira.

SALVIATI.

Corage me inspira á mí.

(Van á salir por la puerta del foro. Adrian viene por la de la derecha, y al ver á Salviati le llama, segun indica el diálogo.)

## ESCENA VII.

SALVIATI. — ADRIAN.

- ADRIAN. (Salviati! — ¡Por fin le veo!)  
(Le llama.)  
¡Salviati! — (Este es mi hombre.)
- SALVIATI. Oí pronunciar mi nombre...  
(Volviendo á la escena.)  
usted...
- ADRIAN. Hablarle deseo.
- SALVIATI. Hable usted y sea breve.
- ADRIAN. Seré... muy poco he de hablar. —  
Yo acostumbro á reclamar  
todo lo que se me debe...  
como usted. Nadie coharta  
mi voluntad; olvidar  
yo no sé, y á reclamar  
vengo de usted... una carta.  
Es carta que me interesa.  
Una que yo le escribí.
- SALVIATI. ¡Y usted la reclama!
- ADRIAN. Sí.
- SALVIATI. Que se la dé á usted Teresa.  
A ella se la entregué,  
porque mucho le importaba  
saber que se la engañaba;  
así la desengañé.
- ADRIAN. ¿Conque usted ha publicado  
de nuestra correspondencia  
la secreta inteligencia  
que entre los dos ha mediado?  
¿Usted quien en los aprietos  
me ha puesto en que yo me he visto?  
¿conque es usted ¡vive Cristo!  
quien divulga mis secretos?  
¿Usted, quien rompe el enlace  
que era mi ilusion mejor?  
¿Usted, quien trunca mi amor  
con un precóz desenlace?

Yo no sufro humillacion,  
de nadie yo sufro afrentas;  
y yo le pido á usted cuentas.  
Exijo satisfaccion.

SALVIATI. ¿Quería usted que impasible  
á una muger obcecada,  
inocente, enamorada  
con pasion irresistible,  
dejara, con egoismo,  
que con sus falsos amores  
por una senda de flores  
llevara usted al abismo?

Yo que tengo corazon  
y valor que nada doma,  
nunca dejo á la paloma  
en las garras del halcon.

Yo he robado á la maldad  
su ya señalada presa:

yo he descubierto á Teresa  
toda la amarga verdad.

Quien una infamia descubre  
muestra noble proceder;

villano tiene de ser  
el que cómplice la encubre.

(Con profunda intencion.)

Y el que no huella jamás  
mas que el borde del abismo,  
si cae... cúlpese á sí mismo  
y no culpe á los demás.

Esta es mi satisfaccion.

ADRIAN. No estrañe que la rechace,  
porque no me satisface  
*romántica* esplicacion. (Con burla.)

SALVIATI. ¡Jóven!

ADRIAN. Estoy empeñado.

Para salvar al amor  
se ofrece usted redentor;  
saldrá usted crucificado.

Aunque con descos buenos  
que reconozco que tiene:  
¿con qué derecho interviene



en los negocios ajenos?  
¿Con qué derecho usted impide  
amores mútuos y viejos?  
¿Quién le hace á usted dar consejos  
á la que no se los pide?

SALVIATI. La humanidad lo aconseja,  
la religion lo encarece:  
si junto al bien el mal crece,  
que crezca el bueno no deja.

ADRIAN. Y el malo, que ve en el suelo  
su porvenir derribar;  
de usted se quiere vengar: (Con ira.)  
le provoca á usted á duelo.

SALVIATI. Yo no acepto. (Con calma.)

ADRIAN. ¡Por la luz!... (Furioso)

¡eso es miedo! ¡eso es pavor!

SALVIATI. Responden de mi valor  
(Señalando las que lleva al pecho.)

esta placa y esta cruz.  
El duelo... ¡farsa gentil!  
el duelo verificado,  
ni yo fuera mas honrado,  
ni usted fuera menos vil.

ADRIAN. Este insulto tan grosero  
impune no ha de quedar:  
y usted tiene que aceptar,  
porque es usted caballero.

SALVIATI. Yo no acepto; no. (Con entereza.)

ADRIAN. ¡Por qué?

SALVIATI. Porque yo debo velar  
y de dos vidas cuidar;  
por eso no aceptaré.  
Teresa y Victor...

ADRIAN. ¡Ya son  
mayores!... y no comprendo (Con burla.)  
ese cariño... estupendo!... (Con mofa.)  
esa casi... adoracion  
con que usted á entrambos mira  
y estraños le deben ser.

SALVIATI. No puede usted comprender  
el motivo que me inspira.

Tengo una razon tan alta  
que no es fácil comprenderla:  
preciso es para entenderla  
tener... lo que á usted le falta.—

Hay una voz que desvela,  
que viene de alta region,  
que dice á mi corazon  
«Por ellos, por ellos vela.»

Hay un secreto motivo  
que mi corazon abriga;  
es un recuerdo que liga  
un amor muerto á otro vivo.

ADRIAN. Ese amor voy entendiendo  
ya.... de D. Carlos la esposa  
era de usted.... otra cosa; (Con cinisimo.)  
el velo voy descorriendo.

SALVIATI. ¡Villano! (Con indignacion.)

ADRIAN.

Sé de acertijos  
y me ocupo en descifrarlos:  
¿Quién le dijera á D. Carlos  
(Con provocador descaro.)

tus hijos no son tus hijos!  
SALVIATI. ¡Miserable maldiciente (Estallando.)  
que haces que la honra peligre!

Tus entrañas son de tigre  
y tu hálito de serpiente!  
Pues tus insultos son ciertos  
te castigaré en seguida:  
no debe quedar con vida  
quien roba la honra á los muertos!—  
Acepto.

ADRIAN. ¡Ya lo he logrado! (Con estraña alegría.)

Acepte usted sin reproche:  
que sea esta misma noche,  
tengo el billete tomado  
y salgo al amanecer....  
cierto asunto de Madrid  
me obliga á marchar. La lid  
tiene esta noche de ser.  
Que yo el desafío anhele.  
En sitio no muy distante....

## ESCENA VIII.

*Dichos*, EL CONDE DEL SALTO.

- CONDE. Señores, alto un instante:  
es imposible ese duelo.
- ADRIAN. ¡Qué dice usted!
- SALVIATI. ¡Imposible!
- ADRIAN. Está usted en un error.
- CONDE. Que quiera con el señor (Por Adrian.)  
batirse usted, no es creíble. (A Salviati.)
- SALVIATI. Sí que quiero.
- CONDE. No, yo sé  
que solo se ha de batir  
con el que pueda lucir  
honra como la de usted.
- SALVIATI. Conde, el señor!... (Por Adrian.)
- ADRIAN. Soy honrado  
y siempre, siempre lo he sido.
- CONDE. No; usted su honra ha perdido.
- ADRIAN. Yo!!
- CONDE. Porque usted me ha estafado!
- ADRIAN. (¡Me han descubierto, valor!)  
Rugiendo estoy de corage  
al escuchar ese ultrage  
con que usted mancha mi honor.
- CONDE. No es, Salviati, una impostura:  
óigame á mí, no á ese iluso,  
y verá usted que yo acuso  
con razon, no á la ventura.  
Dias atrás le entregué  
para invertir en acciones  
un número de cupones...
- SALVIATI. ¿En acciones?
- CONDE. Sí.
- SALVIATI. ¿De qué?
- CONDE. De una línea férrea nueva,  
línea norte-americana  
que en la última semana

- su solicitud eleva  
al gobierno establecido,  
que el gobierno no ha aprobado  
y sin efecto ha quedado  
porque no se ha concedido.  
Los fondos que dí á Adrian  
dice que allí los ha impuesto.
- ADRIAN. Conde es exacto.
- CONDE. ¿No es esto? (Con ironía.)
- ADRIAN. Sí.
- CONDE. Allí mis fondos están. (Id.)  
Lea usted este papel: (Sacando una carta.)  
¡muérase usted de vergüenza!
- ADRIAN. (Con toda mi desvergüenza (Al ver la carta.)  
veo que el trance es cruel.)
- CONDE. Ahí la estafa se confirma. (A Salviati.)
- ADRIAN. Bien puede no ser verdad.  
(El Conde dá la carta á Salviati.)
- CONDE. De esa falsa sociedad  
el presidente es quien firma.
- SALVIATI. Serán datos positivos... (Reconociendo la carta.)  
Sí... deben ser datos ciertos:  
quien roba la honra á los muertos  
robará el oro á los vivos.
- ADRIAN. ¡Que murmure la malicia!  
Se me calumnia... no importa!  
á la larga ó á la corta  
el tiempo me hará justicia: (Al marcharse.)  
Cuando logre sincerarme,... (A Salviati.)  
el desafio pactado.
- SALVIATI. Cuando seas tan honrado (Con desprecio.)  
como yo... ven á buscarme.
- CONDE. Entonces volver podrá  
á frecuentar esta casa;  
pero de su umbral no pasa  
el que mancillado está.
- ADRIAN. Yo volveré redimido...  
(las espaldas al país.  
París es grande... á París...  
Aquí ya me han conocido.) (Vase.)

## ESCENA ULTIMA.

SALVIATI.—EL CONDE.—TERESA.—VICTOR.—D. CARLOS.

- D. CARL. Adrian...
- CONDE. Ya le despedí.
- VICTOR. ¿Te ha estafado!
- CONDE. Me ha estafado.
- TERESA. ¡Y yo que tanto le he amado!  
¡Qué tarde le conocí!
- (Forman dos grupos, uno Teresa y el Conde, otro las restantes figuras en segundo término.)
- CONDE. Le perdono, aunque haga mal,  
solo á usted, Teresa, debe  
Adrian... que yo no lo lleve  
delante de un tribunal.
- TERESA. Yo le agradezco en el alma  
su noble resolucion.
- CONDE. No gratitud, no; pasion  
busca el que vive sin calma.
- TERESA. Agradecer... algo es ya;  
y la que cual yo ha sufrido  
necesita del olvido  
para pasar mas allá.
- CONDE. El olvido es la bonanza:  
¡pero qué dulce me fuera  
que su gratitud viniera  
envuelta en una esperanza!
- TERESA. Pues Conde... resignacion...  
Conde... tenga usted paciencia...  
Es muy larga la existencia  
y variable el corazon. (Con intencion)
- CONDE. Mas si llego á confiar  
y no se cumple mi anhelo...
- TERESA. Siempre dá un bálsamo el cielo  
al que en él sabe esperar.
- D. CARL. ¡Que mi hija alcance ventura!  
¡que logre la paz del alma!
- SALVIATI. Viene en el mundo la calma

- siempre tras la desventura.
- D. CARL. A los dos os arrastré  
(Por Teresa y Victor.—Se descomponen los dos grupos  
y queda uno solo formando cuadro.)  
á ser infelices!
- VICTOR. No.
- D. CARL. Corregirme, sabré yo;  
sí... sí... yo me enmendaré.  
Que me perdoneis os pido.
- VICTOR. ¿Porque si no delinquistes?
- TERESA. Tú que tanto nos quisiste...
- D. CARL. Nunca es cariño el descuido.  
Yo os dejé de las pasiones  
en los senderos estrechos;  
supe llenar mis derechos,  
mas no mis obligaciones.  
Apartarte, desde niño,  
no supe de torpes lazos...
- VICTOR. Ven, ven; recibe en mis brazos  
no mi perdon, mi cariño.  
(Se abrazan estrechamente.)
- D. CARL. ¡Ah!! (Grito del corazon.)
- SALVIATI. Ya abrazados los dos,  
levanta, Carlos, la frente:  
cuando el hombre se arrepiente  
ya le ha perdonado Dios.

FIN DE LA NAVE SIN PILOTO.

---

*Habiendo examinado este drama, no hallo  
inconveniente en que su representacion sea au-  
torizada.—Madrid 3 de Diciembre de 1860.—  
El Censor de teatros, Antonio Ferrer del Rio.*







Los comisionados de D. Alonso Gullon , editor de la coleccion de obras dramáticas y líricas titulada **El Teatro** , son los exclusivos encargados del cobro de los derechos de representacion de esta obra en todos los puntos, teniendo tambien á su cargo la venta de eemplares.

